

HOJITA PARROQUIAL DE ALORA

Se publicará los días 1 y 15 de cada mes,
con permiso de nuestro Excmo. Prelado

Precio de suscripción: Cualquier limosna
para las obras sociales de la Parroquia

Dominica XIII de Pentecostés

(18 DE AGOSTO)

Narra el Santo Evangelio de esta Dominica, la curación de aquellos diez leprosos que salieron al encuentro de Jesús cuando pasaba por entre Samaria y Galilea.

La oración fué de los diez juntos, muy breve, pero en voz alta y fervorosa, gritando: *Jesús, nuestro Maestro, téñ lástima de nosotros.*

Luego que Jesús los vió, les dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y cuando iban quedaron curados.

Prescribía la Ley

que luego que curase uno de la lepra, considerada entre los hebreos como mancha legal, se presentara al Sacerdote, el cual daría testimonio de su salud, y que ofreciera por sí mismo dos pájaros vivos, de los que uno se degollaba, y el otro, tintado con la sangre del sacrificado, se dejaba ir libre al campo.

El Divino Maestro,

que con sola su palabra podía curar a los leprosos, no los excusa de presentarse al Sacerdote; antes se lo manda, y, cuando van obedeciendo, son curados.

Parece que quería contestar a los que

rechazan al Sacerdote de la nueva Ley como inútil en la obra de la justificación, que Dios puede sin duda alguna terminar sin los Sacerdotes, pero que le plugo valerse de ellos como ministros suyos, dándoles hasta poder sobre su cuerpo místico y su cuerpo real, y entregándoles la administración de sus Sacramentos.

Confesta Jesucristo

a las necias objeciones que algunos hacen para no cumplir como deben sus obligaciones de cristiano: Dios, dicen, se fija solo en el corazón y no se preocupa de que vayamos o no a la Iglesia.—El Sacerdocio es un negocio como otro cualquiera.—Si yo ofendo a Dios o peco, Él me perdonará sin Sacerdote; ¿para qué los necesita? etc., etc.

Sin duda, Dios puede eso; pero ha ordenado y dispuesto lo otro; y ¿quién tiene derecho a corregirlo?

Seamos dóciles

a las enseñanzas de Jesucristo, y aprendamos también en el Evangelio de esta Dominica cuánto puede la oración de muchos, la plegaria fervorosa salida del fondo del corazón.

Convencidos de que el pecado es lepra del alma, y de que, quien más, quien menos, todos somos leprosos, acudamos a Jesús, que puede curarnos, diciéndole con los del Evangelio: *Maestro nuestro, téñ compasión y lástima de nosotros.*

De las Ceremonias

de la Ley antigua que casualmente se han referido, da Theodoretos esta instructiva aplicación: El pájaro que se degollaba, figuraba la humanidad santa del Hijo de Dios, que sacrificó su Padre como víctima de propiciación por los pecados de todo el mundo. El que se soltaba libre, para que volase al campo, representaba su divinidad, siempre libre e inmortal, aun en la muerte misma de su sacrosanto cuerpo. Todo se ejecutaba fuera del campamento, lo que era imagen de la muerte que sufriría el Señor fuera de la ciudad de Jerusalén.

De los diez leprosos

que fueron curados, uno solo vuelve a dar gracias a Jesús. En tan pequeña proporción se encuentran los corazones agradecidos. ¡Qué injusticia! Porque si el amor y fineza de Jesucristo no tienen límites, tampoco los ha de tener nuestra gratitud.

Se hizo pobre para darnos bienes, se hizo enfermo para darnos salud y murió para darnos vida; gastemos, pues, salud, bienes y vida en corresponder a sus infinitos beneficios.

ASUMPTA EST

Entre todas las fiestas que la Iglesia solemniza en honor de María Santísima, su Asunción puede ser considerada como la principal, que es como el complemento de las grandezas de María.

Es cosa que asombra que la muerte, siendo el primero y el más general efecto del pecado que la produjo en el mundo, como lo afirma San Pablo, ejerza

su poder y su imperio sobre la más inocente de las criaturas. ¡La muerte! Mónstruo horrible en verdad, que hace estremecer al corazón más insensible, llena de pavor aun a los hombres justos y sumerge en hórrida desesperación al pecador ¿Es posible que la Virgen pasase por tan apurado trance? ¿Es posible que la que fué pura desde su Concepción, la que no tuvo sombra de pecado y guardó nueve meses en su casto seno al autor de la vida y destructor de la muerte, fuera víctima inocente del tremendo castigo impuesto por Dios a los hijos de corrupción? De ninguna manera.

La Virgen murió, es cierto, y murió porque no debía ser preferida a su santísimo Hijo; murió para que no hubiese insensato alguno que pudiese suponer que no era verdadera hija de Adán, y por lo mismo tampoco lo fué Jesucristo, quedando así destruido en su base el misterio de la Encarnación; murió para darnos a todos la última prueba de su humildad, de su paciencia y resignación, sujetándose a un castigo que no la comprendía por estar exenta de todo pecado; y murió, en fin, para nuestro consuelo, para que no miráramos la muerte como un mal que nos priva de los bienes de la tierra, sino como un bien que nos regala un tesoro en el Cielo; no como un sepulcro que nos separa de las aparentes delicias del mundo, sino como un sueño feliz que nos sirve como de dulce tránsito para pasar de la amarga tribulación del destierro a la gozosa tranquilidad de la patria. Murió, sí; pero la muerte presentóse a Ella, no como déspota avasalladora, sino como humilde esclava; no fué arrebatada por la muerte, sino al contrario, se entregó voluntariamente a sus brazos, para unirse con su Hijo y nunca jamás separarse de su lado.

Por eso debe ser hoy todo alegría,

todo gozo, todo gloria. Se acabó el invierno y con él las penas y los dolores; vino la época de la recolección y con ella los aplausos y los cánticos de adoración. A las humillaciones y desprecios han sucedido los honores y los triunfos; y la que ayer en la cumbre del Calvario y junto a la Cruz aparecía en el lleno de la aflicción, coronada con la espinosa diadema del infortunio, hoy dulcemente mecida sobre las blancas alas de los querubines es elevada, gloriosa, a la cumbre del Empíreo.

Sí; María murió, María resucitó y María fué asumida a la gloria celestial. Hé aquí los tres misterios que la Iglesia conmemora en la presente solemnidad.

Imitemos a María; humillémonos y seremos ensalzados; peleemos y seremos coronados.

C. BERLANGA, Pbro.

X Querer contentar a todos, es el camino más seguro para llegar a disgustar a Dios.

* *

X ¡Ay! Para alguna gente, y que no es poca, No hay más cielo que el cielo de la boca.

(SAJ.)

CATECISMO PARA TODOS

(Continuación)

Tercer Mandamiento: *Acuérdate de santificar la fiesta.*

El hombre, imagen de Dios, debe imitar a su Señor y Criador; y así como Él, después de consumir y perfeccionar en seis días la obra de la creación, descansó el día séptimo, así ha de cesar el hombre de todo trabajo y descansar

el día séptimo, dedicándolo a su perfección espiritual.

Para que el hombre no olvidase a su Dios, ni las relaciones que con Él le ligan, ordenó el descanso del día séptimo. Así como durante el día dedicamos algunas horas para reponer nuestras fuerzas, así hemos de emplear algún día de la semana para reflexionar sobre las verdades de la religión, nutriendo de este modo nuestras almas. En este día hemos de reparar las ofensas hechas al Señor, darle gracias por los beneficios recibidos y sobre todo no olvidar que estamos destinados al descanso eterno.

Dos obligaciones nos impone el Señor en el tercer Mandamiento, positiva una y negativa otra: a saber: santificar las fiestas y abstenerse de trabajar en ellas. El pueblo judío celebra y santificaba el sábado en memoria de los innumerables beneficios que de Dios había recibido en este día, principalmente por haberle librado el Señor en él, del yugo y esclavitud de Faraón.

Los Apóstoles trasladaron al domingo la fiesta para los cristianos. El domingo, o *dies dominica*, día del Señor, está dedicado a la Santísima Trinidad, porque en él, como primer día de la semana, Dios Padre comenzó la creación, Dios Hijo resucitó del sepulcro y Dios Espíritu Santo derramó sus dones sobre los Apóstoles. Además del domingo instituyó la Iglesia otras festividades que los cristianos están obligados a observar.

Hemos de santificar las fiestas oyendo en ellas Misa entera con la atención debida; obligación grave que han de cumplir todos los cristianos que han llegado al uso de la razón, de tal modo, que pecan mortalmente aquellos que sin causa justa dejan de cumplirla.

Decimos que hemos de oír Misa

entera, es decir, desde el principio hasta el fin, porque el que omite parte notable de ella, como es, por ejemplo, desde el principio hasta el Evangelio inclusive, comete pecado mortal y venial, si omite una pequeña parte.

Además hemos de oírla con la atención debida, es a saber, aplicando nuestra consideración al acto solemnisimo que el sacerdote celebra, y apartando de nosotros todo aquello que es incompatible con dicha consideración.

Excusa de oír la santa Misa cualquier causa grave, dificultad o daño notable en los bienes del alma o del cuerpo, propios o del prójimo.

Además están obligados en las fiestas, a aprender el Catecismo, aquellos que lo ignoran.

Seamos generosos con el Señor, santifiquemos la fiesta oyendo con devoción la Santa Misa.

F. CAMPANO, Pbro.

(Se continuará)

ALORA EN 1751

(Continuación)

3.^a A la tercera dijeron, que el término de esta Villa ocupa desde Levante a Poniente dos leguas y cuarto, y desde Norte a Sur dos leguas y tres cuartos de otra, y de circunferencia siete leguas y media. Confronta por Levante con término de la Villa de Almogía, que es arrabal de la ciudad de Málaga, y con término de la villa de Cártama, por Poniente con la del Lugar de Casarabonela, que también es de la

jurisdicción de dicha ciudad de Málaga, y con la de la Villa de Ardales, que es del Reino de Sevilla, por Norte con término y jurisdicción de la ciudad de Antequera, por el Sur con el de la villa de Cártama y la de Casapalma; y la población de esta Villa está situada en su término hasta el Levante cinco cuartos de legua, y al Poniente una legua, al Norte siete cuartos de legua y al Sur una legua, y desde esta Villa, caminando al Levante, está la dicha ciudad de Málaga cinco leguas; y la ciudad de Granada, caminando entre Norte y Levante, dista diez y siete leguas.

4.^a A la cuarta, que el término y jurisdicción de esta Villa tiene tierras de regadío, unas para tablas de hortalizas y otras para sembradura de maíz, que éstas producen anualmente; otras sembraduras de secano de trigo y cebada, y que éstas se siembran un año y descansan dos, a excepción de las dos de hazas, que éstas se siembran un año y descansan otro; otras pobladas con olivos, viñas, higueras, naranjos y otras especies de distintos árboles frutales, aunque éstos y los montes son de poca consideración. Y también hay matorrales y monte bajo de reramas, palmas y lentiscos que son tierras incultas por decidia, y otras por naturaleza que no sirven sino es para pasto de ganado.

5.^a A la quinta, que la tierra de que se compone el término es de cuatro clases.

A. B. M.

(Se continuará)